

Díos. La fiebre del oro, origen de la locura del conquistador, ofreció a Herzog excelente materia para el enfoque del mito de *El Dorado*, como también le permitió figurar en el escenario insólito del infierno verde las pesadillas alucinantes del traidor cuya divisa *el mundo es poco* justificaba desmandos y arbitrariedades.

A muchos, muchísimos más, la selva ha embargado el camino, enmarañado la vida en los senderos sin salida de sus alagadizos sombríos. A nadie le ha desvelado jamás el secreto de su príncipe encantado, espléndidamente dorado en el medio del prodigioso lugar ecuatorial. Para los temerarios, como compensación a los cansancios, enfermedades y fiebres, preservaba premio mayor: su flora magnífica, de raras y desconocidas emociones. Ejemplo de este inesperado deslumbramiento, don superior a la contemplación del mítico *Dorado*, lo divulga D'Orbigny (1828) al describir la reacción de un misionero español, compañero de viaje del naturalista Haenke: frente a un nenúfar del Amazonas, extasiado, el fraile cayó de rodillas. Estaba delante de «la más admirable creación de la Divina Providencia».

El *guaraná*, o *uaraná*, de uso remoto en la *Hiloea*, sólo vino a ser conocido en el siglo XVIII, al inicio del comercio de los blancos con las tribus indígenas del Bajo Amazonas. Su acción estimulante, aliada a sus calidades terapéuticas, lo popularizó en toda la extensión del gran río. Las palmas, y especialmente el *miriti*, *muriti* o *buriti*, conocida como «árbol de la vida», o «sagú de América», conforme Humboldt, es uno entre miles de regalos con que la flora ha brindado al conquistador para compensación de la pérdida del Paititi. «Verla desde lejos al *miriti*, en la aridez de las grandes llanuras, es tener, según Gastão Cruis, la certidumbre de buena agua, de naciente propicia, de ojo de agua para matar la sed» (5). Couto de Magalhães le atribuye otro mérito: el de servir de medio de comunicación entre las tribus. En su *Viagem ao Araguaia* cuenta que los indios envuelven el *buriti* con fajas superpuestas de yerba verde, un palmo de por medio entre cada faja. Después de bajar del alto tronco, ponen fuego a la última faja. Entonces, sucesivamente, entran en incandescencia todas las demás. La palmera, farol luminoso, lleva al largo valle el mensaje de luz y humo escrito en el cielo con espesa y cambiante espiral.

Las orquídeas, con más de doscientos géneros definidos, abren, exaltadamente, el capítulo de los prodigios de la naturaleza amazónica. Ellas sí logran, con su exuberancia, superar al jamás olvidado tesoro de la mítica Manoa.

(5) Gastão Cruis: *Hiléia amazônica*, 2.^a ed., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional Brasileira, 1955, série 5.^a, vol. 6, p. 53.

La pobreza de la fauna local, que, al comienzo, ha decepcionado al conquistador, ávido de sorpresas, no tardó a sugerir al viajero y al cronista, con el objeto de superar carencias, la creación de una zoología fantástica. Los primeros cartógrafos han pintado leones, rinocerontes, tigres y jabalíes feroces en los *igarapés* de la *selva selvaggia*, que todavía asusta y alarma al hombre civilizado. Como si eso no bastara, han poblado la floresta de animales fabulosos y de seres formidables: pigmeos, gigantes, indios que andaban al revés, mujeres que copulaban con monos.

Además de esas leyendas, de neta procedencia europea, divulgadas por plumas ilustres, otras muchas circularon, y todavía circulan, de invención indígena, autóctonas principalmente, como la de Lara, sirena seductora de las aguas dulces; la del Curupira, el diabólico espíritu que hace perder el camino; la del Anhangá, venado de ojos de fuego que enloquece a los cazadores temerarios; la de Canaima, Macunaíma o Macunaima, dios frenético, principio del Mal y causa de todos los males, siempre en lucha con Cajuña, el bueno; la de la indiecita Mapiripana; la del Boiúna, de la Cobra Grande, del Boto, de la Cunhã, del Panema, etc.

El río, con su enorme caudal, es testigo perenne del amor imposible de la luna y del sol. Las lágrimas de la luna, madre de los vegetales en la mitología amazónica, han bajado de los peñascos de la cordillera de Santa Ana, en el distrito de Huanuco, y se han alargado hacia el valle verde para ahogar su desesperación en las aguas saladas del Atlántico. Esa, sin duda, es una de las más bellas ficciones indígenas. Los forasteros se han encargado de divulgar por el mundo su versión sobre el río-mar y sobre su extenso territorio. Infierno de muchos, paraíso de pocos, tierra inmadura, universo misterioso y exótico, refugio de los desvíos de la imaginación, la Amazonia atravesó el siglo XIX y llegó al siglo XX, no obstante la abundante bibliografía, casi totalmente ignorada. Sin embargo —cumple repetir con Araújo Lima—, la Amazonia «no es tierra misteriosa ni paradójal: es, simplemente, una tierra lastimosamente fraudada y saqueada» (6).

Alceu de Amoroso Lima la considera, muy lúcidamente, «tierra desierta, tierra a ser poblada. Se la figuran agresiva e indomable. No hay —añade— una agresividad específica y característica de esta tierra; el hombre se torna más vulnerable por su insuficiencia numérica. No está en cuestión la calidad de la tierra, sino la cantidad de gente» (7).

(6) Araújo Lima: *Amazônia - a terra e o homem*, 3.^a ed., Sao Paulo, Companhia Editora Nacional, 1945, p. 83.

(7) Prefacio al libro de Araújo Lima, cit., p. 8.

Nada justifica, en realidad, el título que le han otorgado de «tierra inmadura» (8). Más justo sería, comenta Paul de Cointe, llamarla «tierra de leyendas», o mejor, como escribió Frederic Harrt, «tierra incógnita», calificativo que dentro de muy breve rato ya no le será, por cierto, aplicado (9).

Resta saber: ¿la familiaridad del hombre civilizado con la floresta, con sus indios, con sus ríos y con sus misterios Indescifrables, cambiará su visión de la Amazonia? ¿El *saber de experiências feito*, de que habla Camões, inspirará, finalmente, la novela de la selva, escrita por un brasileño? ¿Por cuánto tiempo el «infierno verde», al cual se refiere despectivamente Alfredo Rangel, seguirá ocultándonos sus secretos, a los cuales sólo tienen acceso los indios taciturnos, el *caboclo* fatalista y los blancos aventureros? ¿Hasta cuándo endosaremos, sin esperanza de contestación, el juicio de Eduardo Frieiro, para quien «no surgió todavía el novelista brasileño que animase, que humanizase aquel paisaje grandioso con la presencia del hombre en su lucha angustiosa contra la brutalidad de las fuerzas elementales?» (10). «¿La floresta de este país de florestas seguirá, como reclamaba Monteiro Lobato, sin su pintor y sin su intérprete?» (11).

La novela de los *seringueiros humildes*, la dolorosa odisea de los *orabos* miserables, perdidos en la verde monotonía de la variedad infinita de árboles y trepaderas, la escribió, en portugués, un lusíada, Ferreira de Castro; en castellano, el colombiano José Eustasio Rivera y el venezolano Rómulo Gallegos; en inglés, el argentino de adopción Guillermo Enrique Hudson; en alemán, A. Döblin y Arnold Höllriegel. Sólo nos referimos, obviamente, a las grandes novelas de la selva, en las cuales la naturaleza, opresiva y tentacular, asoma como personaje central, domina la narrativa y se impone tanto al autor como a sus protagonistas.

A pesar de las diferencias de estilo y de época, a pesar de las peculiaridades de intereses de forma y de contenido, cabe señalar, en las obras mencionadas, una coincidencia: la fascinación de la tierra inculta y áspera que mágicamente subyuga a cuantos a ella se acercan. En las obras de Augusto Roa Bastos *Hijo de hombre* (1960), y Mario Vargas Llosa *La casa verde* (1964) la selva presta escenario, escenario apenas, a las angustias y penas de los personajes. La naturaleza, realmente, circunstancia habitada, no les impide el libre

(8) Cf. Alfredo Ladislau: *Terra Imatura*.

(9) Paul de Cointe: *O Estado do Pará: a terra, a água e o ar. A fauna e a flora. Minerais*, Sao Paulo, Companhia Editora Nacional Brasileira, 1945, série 5.ª, vol. 5, p. 13.

(10) Eduardo Frieiro: *A Ilusao Literária*, Belo Horizonte, Livraria Editora Paulo Bluhm, 1941, página 131.

(11) Monteiro Lobato: *A barca de Gleyre* (correspondencia entre Monteiro Lobato e Godofredo Rangel), 12.ª ed., Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1968, tomo I, pp. 279-280.